

Soltando el stress

Mariano Leucona



Capítulo 1

"Me alegro de que haya terminado. No sé ustedes, pero cuando llegue a casa me iré directamente a la cama" dijo Claudio, saliendo de la fábrica y estirándose.

"Suerte" respondió Juan, su compañero de trabajo.

"¿Qué demonios quieres decir?"

"Tengo alrededor de media hora para llegar a mi tercer turno de trabajo".

"Eso apesta. Me alegro de no ser tú", dijo Claudio, deteniéndose para encender un cigarrillo.

"Bien, buenas noches. Te veré mañana."

"Sí. Nos vemos ", dijo Juancito, metiéndose en su oxidada camioneta azul claro.

Mientras se acomodaba en el raído asiento, Juan giró el encendido para que el motor arrancara. Tosió y resolvió antes de maldecir de mala gana a la vida. Suspirando de alivio, puso el vehículo en marcha y comenzó a conducir.

Durante los últimos cinco años, Juan trabajó en dos empleos en la fábrica, sin poder encontrar nada más. Uno estaba en el segundo turno y el otro estaba en el tercero. Ambos tenían bajos salarios, condiciones de trabajo terribles y largas horas.

Tenía una maestría en inglés, una licenciatura en diseño gráfico y una enorme deuda estudiantil. Ansiaba ser escritor e ilustrador, pero su sueño había muerto.

A pesar de lo duro que trabajaba, Juan apenas había hecho mella en lo que debía.

Juan vivía solo en un apartamento tipo estudio. Siempre agotado al final de la semana de trabajo, pasó la mayor parte de sus días sin dormir. No tenía tiempo, energía ni dinero para una vida social.

Inclinándose mientras conducía, Juan se despertó justo a tiempo para regresar a la carretera. "Maldición, estoy cansado.." pensó, "eso estuvo demasiado cerca". Sus ojos inyectados en sangre se sentían calientes por la fatiga.

Un poco más adelante, vió una gasolinera bien iluminada y una tienda de conveniencia. Mientras se estacionaba y acomodaba en el asiento, pues estaba sentado sobre una llave, Juan notó que no había otros vehículos en el estacionamiento.

Entró en el pequeño edificio y tomó varias bebidas energéticas. Después de pagarlos en el mostrador, el cajero los puso en una bolsa de plástico y dijo: "Que pasen una buena noche, señor".

Al salir de la tienda, comenzó a caminar hacia la camioneta mientras buscaba sus llaves. Juan estaba casi en la puerta cuando un hombre inmundo con ropas raídas salió de las sombras. "¿Disculpe? ¿Puedes darme un poco de cambio?" preguntó el mendigo con voz llena de flemas.

Sin querer darle nada, Juan suspiró y dijo: "Espere un momento. Tengo algo de dinero en el cenicero"

Subió a su camioneta y dejó la bolsa en el suelo. Juan agarró un puñado de cambios y se dio vuelta para dárselo al hombre.

Se sorprendió al ver que el mendigo había desaparecido. Encogiéndose de hombros, volvió a poner el cambio en el cenicero y encendió el motor.

En un instante, el mendigo apareció en la puerta del pasajero, lo abrió y entró. Sostuvo un cuchillo crujiente en la garganta de Juan. "Conduce", graznó.

"¿Dónde?" respondió Juan, sonando indiferente.

"Me gusta eso" dijo el hombre.

"¿Qué?"

"No estás pidiendo y llorando para que te dejen en paz".

Poniendo el vehículo en marcha, Juan salió a la autopista. Él no tenía miedo del hombre. En cambio, estaba preocupado por perder su trabajo si llegaba tarde.

"No pareces asustado como los demás" afirmó el hombre.

"No lo estoy" dijo Juan, plácidamente.

"¿Porque diablos no? Podría matarte antes de que termine la noche" dijo el hombre, sonando agitado.

"No, no lo harás".

"Lo estás pidiendo ahora", dijo el hombre, levantando la voz.

"¿Lo estoy? ¿De verdad? Dime, ¿a cuántas personas has matado?" preguntó Juan.

"Un montón"

"Lo dudo. No creo que hayas cometido un asesinato. Cualquiera que haya muerto antes puede decir que nunca lo has hecho"

"Ahora yo, por otro lado, he matado a catorce personas..".

El medigo se puso pálido.

".. no me da ningún placer enfermo hacer eso. Para mí, es liberación de estrés. Es como abrir una válvula de presión y dejar salir un poco de vapor" dijo Juan, deteniéndose.

Mirando a su alrededor, el mendigo notó que estaban en un área aislada. Un espeso bosque a ambos lados de la carretera, no un automóvil o una casa a la vista. Un escalofrío recorrió la espina del hombre sucio.

Metiendo la camioneta en el parque, Juan apagó el motor y se guardó las llaves en el bolsillo. Luego se volvió hacia su pasajero con una expresión ligeramente agitada. "Tenemos que hacer esto rápido, así no llego tarde al trabajo. Es gracioso. Estaba teniendo problemas para encontrar otra víctima antes de que llegaras, prácticamente cayendo en mi regazo", dijo Juan.

El mendigo estaba temblando ahora, apenas sujetando el cuchillo. Girando, buscó a tientas el pestillo tratando de abrir la puerta del pasajero.

El mendigo no podía pensar con claridad. Estaba entrando en pánico.

"Afuera tienes una oportunidad. Probablemente deberías salir y correr " dijo Juan, sacando un cuchillo de debajo del asiento.

"Esto no será divertido para mí si no lo haces".

"Estoy contando hasta tres.. "

El hombre buscó a tientas en el pestillo.

"Uno" dijo Juan.

Más torpe no se puede ser.

"Dos."

Torpeza frenética.

"Tres."

El mendigo abrió la puerta y cayó al suelo. De pie, el mendigo se adentró en el bosque en un pánico ciego. La boca de Juan se convirtió en una sonrisa malvada y corrió tras él.

#

La caza había durado demasiado. Juan se paró frente a su supervisor tratando de explicar por qué estaba veinte minutos tarde. "Bueno.." dijo su jefe, Marcos:

"Esta vez no voy a tomar ninguna medida en tu contra. Eres un gran empleado y desearía tener más como tú. Entiendo que suceden cosas malas. Solo consigue ese pedido para que no vuelva tarde"

" Gracias, señor" dijo Juan.

"Basta de cháchara. Ponte a trabajar", dijo Marcos.

Juan lo miró con ojos extraños. Bajó la mirada, y.. sonrió.